

Las huellas del Cardamomo

OLGA CASADO



Título original: *Las Huellas del Cardamomo*

Primera edición: Enero 2017

© 2017 Editorial Kolima, Madrid

www.editorialkolima.com

Autora: Olga Casado

Dirección editorial: Marta Prieto Asirón

Maquetación de cubierta: Sergio Santos Palmero

Maquetación: Daniel Ignacio Ortiz Bieliukas

ISBN: 978-84-16364-99-2

Depósito legal: M-488-2017

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de propiedad intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 7021970/93 2720445).

A Lía, que me ha devuelto a la infancia

Índice

Un lugar sin coordenadas	7
En el hogar de Alaia	21
Perdido en el bosque	35
Salir de allí	49
Ven...	65
Alguien llamado Manuel	71
Orphan House	91
Hacer magia	103
Un mundo de posibilidades	113
Primer encuentro: recuerdos de Fátima	123
Sita	143
Segundo encuentro: el sabor de las moras	151
A la luz de las velas	163
Último adiós	179
Viaje al centro de la niebla	181
Hormigas	189
Nieve en primavera	197
El árbol de los deseos	207
Alter ego	211
Tercer encuentro: reencuentro.	221
La hermana del alma	235
También lo imposible....	247
Último encuentro: las huellas del cardamomo.	251
Episodio final	257

I

Un lugar sin coordenadas

—¡Corre, Manu, corre! —gritó Eesha soltando el ramillete de flores que Manu vio caer al suelo antes de poder reaccionar.

Monte abajo, la lluvia había dibujado un sendero que parecía filigranas plateadas sobre el barro seco de la tormenta anterior. Primero bailaba sobre la tierra dura, y después iba adentrándose y reblandeciendo el terreno hasta dejarlo resbaladizo y pegajoso. Bajo la lluvia solían chapotear en los charcos que la repentina tromba formaba en la tierra, hasta lograr que las gotas densas del lodo salieran disparadas en todas direcciones como un estallido monocromo de fuegos artificiales. Aquello les divertía.

Era domingo. Sister Soul había recibido la visita inesperada del doctor Shade, y muy a su pesar, había tenido que levantar la guardia. Los dos habían burlado fácilmente la vigilancia de Sachet y habían huido al bosque con intención de regresar antes de que la hermana Soul volviera a hacerse cargo de todo. Habían estado deambulando durante horas. El sol declinaba. Había sido una temeridad esperar a que se hiciera tan tarde para volver al hogar. Sin embargo, ¡había sido una tarde gloriosa! Se sentían libres como pajarillos iniciándose en el arte del vuelo. Y aquella sensación placentera de libertad sin límites mecía sus corazones como alas al viento, que batía con suavidad los árboles haciendo que las ramas se balancearan como si en la montaña estuviera celebrándose un baile.

Los niños habían huido furtivamente hasta un altozano desde el que la meseta se dibujaba enigmática y sinuosa. Siempre que podían zafarse de la estricta vigilancia del orfanato corrían hasta allí, ascendiendo un poco más cada día. O perdiéndose en senderos que no hubieran transitado antes. El placer del enigma era más fuerte que el temor a los peligros que pudieran acechar en el bosque. Pero al caer el sol, la luminosidad dorada urgía su inminente retirada. Era momento de correr ladera abajo antes de que el astro se ocultara del todo detrás de la colina.

En aquella época del año era frecuente que durante las últimas horas del día se formaran nubes de gran densidad sobre la cima de la montaña. De pronto, el cielo se rompía y parecía gruñir como la hermana Soul, que sacaba una voz de caverna que hacía que el hábito pareciera un disfraz colocado sobre un ser monstruoso. El bosque amplificaba el estruendo sonoro. Primero el resplandor de los rayos que se reflejaba en las copas de los árboles, e incluso llegaba a iluminar con una claridad blanquecina el suelo resbaladizo. Enseguida, la temible detonación en el cielo que parecía ir pisándoles los talones. Durante la carrera, la huida provocaba a la vez excitación y temor. Y aquella ambivalencia emotiva era tal vez la razón por la que siempre volvían a escaparse, aun sabiendo que más allá del río el bosque no era seguro.

Habían descubierto muy pronto el sabor de la libertad. Parecía imposible parar. Ya no pertenecían tanto a las cuatro paredes que cobijaban a un puñado de niños de los que nadie, salvo la monja, había querido hacerse cargo. Ante todo eran hijos del bosque. Los pies descalzos sorteaban con habilidad el terreno evitando los cantos afilados de algunas rocas que podrían cortarles la carne

con sus aristas que parecían dispuestas para el ataque. Sus cuerpos eran enjutos y flexibles como ramas frescas. Manu había nacido en aquellas montañas, y en cuanto a Eesha, llevaba la mitad de su corta vida en aquel lugar. Ambos habían aprendido a mimetizarse con el relieve, a olfatear las huellas de las alimañas y a presentir la lluvia mucho antes de que asomara en el horizonte de aquella mole que llamaban el Monte Olvidado. También lo llamaban Alaia, porque aquella palabra significaba alegría, y era la alegría lo que había puesto en pie aquellos muros que estaban casi derruidos cuando llegó allí Sister Soul.

La meseta estaba tranquila. «*¿Qué podía haber pasado por la mente de Eesha?*», repetía mentalmente el niño mientras huían colina abajo. Nadie los perseguía. No había visto huellas de leopardo, y en cualquier caso no era habitual verlos tan cerca de Fátima. El camino al hospicio serpenteaba entre la profusión de variedades vegetales que crecían alborotadas, como si la vegetación fuera también una cuestión de urgencia. Le pareció que la Naturaleza corría también. La fronda se abalanzaba sobre los claros de bosque dificultando la vista del camino que habían recorrido en ascenso. Parecía que la espesura quisiera engullir el sinuoso sendero que llevaba hasta el hogar de Fátima. La vista desde lo alto era deslumbrante, casi temible. Por ello, se decía que el Monte Olvidado era como la cima del mundo. Un enclave secreto que no había sido elegido al azar. Un lugar donde el silencio solo era roto por la tormenta, que en aquella época descargaba impulsivamente durante una o dos horas y enseguida dejaba otra vez paso a la calma.

Pero aquel día, el grito de la niña había provocado un desgarrador eco que también serpenteaba colina abajo, como un riachuelo de letras huyendo aterrorizadas.

–¿¡Qué pasa!?! ¿¡Qué pasa!?! –preguntó alarmado cuando ella detuvo la carrera para tomar aliento.

Parecía poseída. La piel había palidecido y la dilatación de ambas pupilas reflejaba el estado de shock. Era imposible saber qué le había provocado aquel repentino estallido.

–Pero, ¿qué ha pasado? –volvió a repetir.

Se habían separado escasamente unos segundos mientras ella cortaba un pequeño ramillete de flores que había sugerido llevarle a Sister Soul para evitar el enfado. Manuel le había respondido que quizá era demasiado tarde para ganarse a la monja. Lo era desde luego a esas horas. Anochecía de manera inminente. Habían cruzado los límites otra vez, y estaba seguro de que en aquella ocasión estaría esperándoles un sonado castigo.

–No pasa nada, Eesha –le había dicho después para calmarla, a sabiendas de la inquietud que aquellos repentinos cambios de humor de la anciana podían llegar a provocar en la niña.

Él, sin embargo, la conocía tanto que sabía hasta qué punto ella podía llegar a blindarse hasta parecer un muro de hielo, sin que ello supusiera ninguna amenaza real. Más allá, claro, del propio castigo. Es verdad que una vez este había llegado a ser incluso brutal, pero solo esa vez. En el fondo la comprendía. La vida en Fátima era difícil y habían sucedido cosas en el interior de aquel bosque. Cosas de las que ella no daba detalles pero que debían ser horribles. «*Alejaos de ese bosque infernal!*», gritaba cuando alguien se saltaba las normas como acababan de hacer ellos sin que hubiera ya marcha atrás. Por eso le había dicho a Eesha que olvidara lo de las flores.

En momentos así, los ojos de la monja se llenaban de sangre y su voz se volvía grave hasta el punto de parecer

la voz del propio doctor. Podía entender que Eesha temiera verla en aquel estado. A fin de cuentas, él era el único que la conocía desde siempre. Sabía que debajo del hábito, Sister Soul era en el fondo un pedazo de cielo. Pero no era fácil llegar a ese centro de bondad de la monja. De hecho, cada vez era más reacia a tocar o sentar a los pequeños sobre su regazo. Incluso aquella sonrisa relativamente cómoda que esbozaba cuando todo marchaba sin sobresaltos era una simple impostura, una careta. Pero hasta ese rictus que podía confundir a otros, a él le resultaba evidente. Estaba seguro de que solo él conocía de verdad a la hermana del alma. Cuatro flores cortadas al atardecer no tendrían el efecto que Eesha esperaba. Los castigaría por saltarse la única norma que la monja cumplía sin vacilaciones. Aun así, ¿qué más daba? A fin de cuentas, solo era un castigo. Quizá los dejaran sin cena o los recluyeran durante algunas horas. Él estaría a su lado.

Eso le había dicho a su amiga para tratar de convencerla de que olvidara la tontería de las flores. Que él estaría a su lado. Lo urgente era salir de allí cuanto antes. «*¡Vámonos, Eesha!*», había insistido vuelto de espaldas mientras la niña se alejaba unos pasos. Lo siguiente habían sido aquellos gritos. Su mente había grabado el instante en que las flores caían de sus manos mientras emprendía una huída que aún no había podido entender.

Habían llegado corriendo sin detenerse hasta el claro donde se iniciaba el sendero de acceso al hogar de Fátima. Todavía quedaba un pequeño trecho hasta llegar a la casa. Se miraron sin saber qué venía detrás. Eesha callaba. Tenía dibujada una mueca de terror en su rostro.

—¿Qué te pasa? —preguntó Manu con voz temblorosa.

Eesha acercó su mejilla al pecho del niño, que sintió un estremecimiento caluroso en el interior de su estómago. La niña rompió a llorar y se agarró aún más fuerte al cuerpo delgado de su mejor amigo. El único en realidad.

—Había unos pies y tenían gotas de sangre —balbuceó entre lágrimas.

—Pero, ¿qué dices, Eesha? ¡Eso no es posible! —De pronto sintió alivio al oír el increíble relato que trataba de narrarle su amiga.

—Manu, eran unos pies —repitió ella levantando los ojos para mirarlo de frente, como si de aquel modo pudiera convencerlo de que estaba diciéndole la verdad.

—Seguro que eran raíces de baniano, Eesha —dijo tratando de calmarla, convencido de que la merma de luz le había jugado una mala pasada.

—Pero yo he visto...

—Los banianos tienen muchísimas formas, ¿recuerdas? Es imposible que hubiera unos pies en el bosque. ¡Anda, Eesha! Vamos a casa o nos castigarán durante una semana.

La niña volvió la cabeza en dirección a la colina que acababan de descender. Manu observó el rostro de su amiga, que casi había recuperado del todo su color habitual. La noche estaba a punto de cerrarse detrás de la cima del Monte Olvidado. El reflejo dorado le trajo a la mente la última salida al bosque en compañía de Kyran, días antes de su desaparición. Quizá fuese cierto que en aquel bosque pasaban cosas, como aseguraba la monja cuando les alertaba de los peligros de adentrarse más allá del riachuelo. Sin embargo, le costaba creer el relato de Eesha. En realidad estaba convencido de que la niña había visto una de aquellas tortuosas raíces que podían salir retorciéndose a la superficie a metros de distancia de

donde estuviera el tronco central. Había una explicación muy sencilla para lo que le había pasado a su amiga. Comenzó a hablar sin pausa, hilvanando unas palabras con otras. Trataba de recordarle a Eesha las formas más caprichosas que podía llegar a adoptar aquel inmenso árbol. Entretanto, ella parecía cada vez más calmada.

—¿Recuerdas el día en que Kyran nos enseñó una rama que parecía un pez? —preguntó profiriendo una carcajada que sonó hueca y pareció salir en estampida para adentrarse en la fronda.

—Sí —respondió la niña, que casi había borrado por fin la mueca de terror de su rostro—. Kyran ya no está —se lamentó después, bajando la mirada al suelo. Hacía semanas que ninguno de los dos pronunciaba aquel nombre.

Manu se quedó callado observándola. Desde la desaparición de Kyran, se habían unido todavía más. Recordó por qué se sintió enfadado consigo mismo durante tanto tiempo, aunque también había estado enfadado con Kyran, justo antes de él que se esfumara sin dejar rastro. Durante meses se había sentido tremendamente culpable. Aunque la desaparición de Kyran había fortalecido aún más su lazo con Eesha, no dejaba de pensar que tal vez él mismo había tenido algo que ver con la marcha del que había sido su único amigo hasta que Eesha apareció un buen día en el orfanato. Habían transcurrido ya cinco años desde que la niña llegó en uno de los camiones para quedarse. Cinco años eran mucho tiempo. De hecho, aquellos cinco años sumaban casi la mitad de la vida de Manu en aquel edificio de mala construcción, donde cada semana llegaban al menos diez o doce niños, cuando no veinte, o incluso los treinta y siete que había llegado a contar Manu una tarde. Niños que al día siguiente volvían a marcharse.

A veces, algunos permanecían en el orfanato unos cuantos días antes de su marcha a donde quiera que los llevaran después. Aquellos niños no volvían a pisar nunca más el hogar, ni nadie volvía a nombrarlos o a preguntar siquiera qué había sido de ellos. En gran medida, Fátima se había convertido en un lugar de tránsito para huérfanos, cuyo destino era solo una incógnita. No había respuestas, quizá porque aquel lugar no existía para nadie. El mundo más allá del riachuelo era como la neblina densa que coronaba el horizonte montañoso por donde se ocultaba el sol cada tarde.

A lo largo del tiempo, el orfanato había sufrido una importante remodelación para albergar a un mayor número de huérfanos sin hogar. Aunque solo temporalmente. La idea le había llegado impuesta a la monja. El doctor Shade le había hablado de un gran conflicto en el Oriente Medio, y debían prepararse para albergar a cuantos niños pudiera rescatar la organización. El islamismo ganaba posiciones y estaba cada vez más organizado. Por eso el proyecto de Fátima era incluso más importante de lo que hubieran imaginado al principio. No era solo el futuro de la Humanidad, sino también su presente. ¿Cómo darle la espalda?

—No se preocupe, hermana, todo estará coordinado para que el proyecto continúe a salvo. Aquí no permanecerán niños con traumas, tranquila. No se mezclarán con nuestros pequeños, puedo prometerle eso sin duda. Llevaremos a cuantos podamos al hogar de Kullu, y ique Dios nos ayude! Algunos tal vez puedan echar una mano en la carretera también. ¿Qué le parece, hermana? De ese modo uno aprende que el trabajo dignifica y hace hombre... Esa es una de las grandes enseñanzas de Jesús, ¿no,

hermana? Pero no tema, mi buena amiga, ambos tenemos claro cuál es la prioridad del proyecto, ¿recuerda?

En un sentido le había tranquilizado la seguridad del doctor. Todavía tenía esperanza en que, de un modo u otro, su sueño se haría realidad. Sin embargo, era poca la información que recibía la religiosa de lo que estaba sucediendo más allá de aquellas cuatro paredes. Ni siquiera estaba del todo informada de la matanza coordinada de cristianos que se había iniciado en distintos lugares. El doctor trataba de darle la información justa para que se centrara solo en lo que era importante. Pero podía intuir lo que estaba pasando. Siempre había sabido que tarde o temprano se iniciaría en la tierra una gran batalla por la conquista del cielo. Por eso estaba allí. Por eso entregaba sus días a construir un nuevo mundo desde la infancia, aunque al final fueran pocos los que se quedaran a vivir entre aquellas paredes. De hecho, cada vez menos. Solo los elegidos. Por eso, a pesar de las remodelaciones que habían permitido multiplicar por tres el espacio original de la construcción, los niños eran en su mayoría visitantes de paso.

La propia monja había construido con sus manos la sala de tránsito, como la llamaba el doctor. En el interior de la construcción principal, las estancias se habían estrechado dejando espacio para algunos dormitorios ciegos sin una mínima entrada de luz. Eran los dormitorios comunes donde dormían las niñas que ya habían entrado en edad adolescente. Los chicos ocupaban el ala opuesta. Lo que en otro tiempo había sido una edificación espaciosa, había ido sufriendo cambios en su interior que habían convertido el espacio en un lugar lleno de recovecos y de apariencia lúgubre. Parecía que una sombra se hubiera posado sobre el tejado, extendiéndose más allá del peque-

ño jardín en el que habían crecido, hasta convertirse en arbustos, algunas plantas medicinales que Sister Soul había sembrado con sus propias manos el día en que aquel edificio en pésimo estado había pasado a convertirse en su sueño más ambicioso. Todavía lo era, sin duda. Pero a veces sentía que la realización del proyecto era una ilusión vaga que había quedado atrás en el tiempo.

Se creía que el origen del edificio databa del siglo XVIII, cuando la India era una colonia de gran interés estratégico para el Imperio Británico. El paso de tropas hacia el continente asiático había dejado construcciones como aquella en lugares remotos del Oriente Medio y la vasta cordillera del Himalaya. La hermana desconocía el uso que se le había dado a aquel enclave durante la ocupación británica, ni por qué ni cómo habían llegado a tener noticia de su existencia. Incluso era posible que los datos fueran erróneos, aunque aquello poco importaba. Todo lo que sabía era que, de algún modo, aquellas paredes habían pasado a ser parte de la organización que había dado el primer impulso al proyecto y aquello le había parecido un regalo del cielo.

Pero el edificio no era lo único que había cambiado durante aquellos años bajo el auspicio de la hermana del alma. Al menos, eso pensaba Manu después de haber pasado allí dentro toda su vida. Desde su visión de las cosas, todavía la mirada de un niño sobre una realidad demasiado compleja, la oscuridad en el interior de Fátima era un fenómeno contagioso. Había observado cuidadosamente a la hermana Soul. Ella misma se había oscurecido con el paso del tiempo. Casi no podía recordar sus ojos tal y como eran antes de que apareciese aquel efecto vidrioso en el cristalino que a veces helaba la sangre. ¡No era de extrañar que incluso Eesha temiera encontrarse con su

mirada después de haber cometido una infracción como la de aquella tarde! Por lo menos, él sabía quién era en realidad la hermana... Pero entendía que los más pequeños rehuyeran a la monja cuando esta avanzaba con aquel paso quejumbroso que le había traído consigo la artrosis. Eso se le oyó una mañana al doctor: que la artrosis había llegado para quedarse, y que aquel dolor de cadera solo podía empeorar.

Le había llevado mucho tiempo atar cabos, pero la desaparición de Kyran le había hecho sospechar que algo más estaba pasando entre los muros de Fátima; y no solo en el bosque, como repetía la monja para evitar así que pudieran perderse entre la espesura. Se sentía tremendamente responsable. El día antes habían discutido por Eesha. Su amigo le había confesado que Eesha le gustaba desde que la vio llegar con su vestido blanco y los pies descalzos. Manu se había abalanzado sobre él y le había agarrado de la camiseta como si aquella confesión le hubiera escupido en el rostro. Sentía que las palabras líquidas de Kyran resbalaban por su frente y le inundaban los ojos. Era una mezcla de sudor y de llanto. Una amalgama de rabia e impotencia. Jamás había tenido nada. Jamás había deseado nada para sí mismo... hasta la llegada de Eesha. También recordaba, como Kyran, la fragilidad de aquellos deditos y cómo quiso arroparlos con sus manos de niño. Tenían cinco y seis años. Y desde entonces la amaba como aman los niños, con desmedida locura.

Los ojos de Kyran al evocar aquella escena en la que ambos la vieron llegar al hospicio, le habían recordado la mirada acuosa del doctor Shade. No le gustaba en absoluto aquel hombre, que por algún motivo le recordaba la idea de Dios, y entonces la hermana Soul era algo así como ese mensajero en la Tierra sentado a la derecha del

Padre. Imaginaba que él era el dueño de todo aunque fuera la monja quien había puesto allí el alma. Al ver aquella mirada en los ojos de Kyran, su ira se había disparado y había querido pegarle. Ni siquiera entendía qué le había pasado. «*iAdemás de irracional era estúpido!*» Se había abalanzado sobre un chico dos años mayor y Kyran se había defendido golpeándole con el puño en el centro del estómago. Aquel dolor todavía estaba presente como una huella dibujada en la arena. «*iEres como él!*», le había gritado mientras se alejaba llorando del escenario donde vio por última vez a su amigo.

Después de aquella pelea, Kyran había desaparecido sin más. Manu estuvo días metido en su catre con la excusa de sentirse enfermo, hasta que alguien lo sacó de allí y le dijo que debía comer algo o enfermaría. Era la primera vez en mucho tiempo que escuchaba aquel tono de voz. La dulzura siempre apetecible de la hermana del alma, que un día sencillamente se había extinguido. Casi había olvidado aquel delicioso timbre de voz. De hecho, lo había añorado hasta conseguir fortalecer el pecho, donde se alojaba el vacío afectivo que después solo había venido a llenar Eesha. Ya no lo echaba de menos, pero al rememorar aquellos momentos, podía volver a sentir el desasosiego de entonces.

–¿Qué te pasa, Siso? –Así solían llamarla.

Recordaba con nitidez aquella pregunta, y como Sister Soul le había cogido por los hombros y le había ordenado marcharse y no hacer nunca preguntas. «*iNi una! ¿Me entiendes?*» Sister Soul había dejado de ser la voz del alma allí dentro. Y al apagarse su voz, había llegado la oscuridad, y la sombra había crecido adentrándose en los muros de la casa que era su hogar. Ahora esa sombra parecía querer engullirlo todo hasta agotar el último res-

quicio de luz. Por eso hacían sus incursiones montaña arriba. En la cumbre se hacía de nuevo la luz y desde allí podían divisar la extensa neblina de extremo a extremo y disfrutar de una vista asombrosa.

Había sido idea de Manu tratar de llegar a la cima semanas después de la desaparición de Kyran. Y desde entonces, muchas tardes aprovechaban de esa forma su tiempo libre, o simplemente escapaban de la vista de todos aun a riesgo de ser castigados por ello. Subían un poco más cada vez con la idea de llegar algún día hasta el último pico de todos. Para Eesha era solamente otro juego. Para Manu, aquellas incursiones eran parte de un plan de búsqueda que nunca llegó a confesarle a su amiga.

El día de la pelea se había asustado. Las horas en cama le habían ayudado a ordenar sus ideas, y había llegado a la conclusión de que temía llegar a ser él también de aquel modo. La mirada de Kyran había sufrido la misma transformación que la de la propia Sister Soul. Por eso intuía que había algo más detrás de la desaparición de su amigo. Los ojos parecían guardar todos los secretos del alma humana y él necesitaba saber. Pero Kyran había desaparecido sin dejar rastro, llevándose las respuestas consigo. Por eso intuía que debía salir al bosque a buscar indicios de lo que estaba pasando. ¿Dónde si no podía haber ido?

Desde el día en que a Kyran se lo había tragado la tierra, el tiempo parecía transcurrir a una velocidad inusual, y a su paso cerraba también con gran rapidez las heridas que provocaba la pérdida. Aquella tarde, semanas, o tal vez meses después de la pelea que no había olvidado, Manu había llevado a Eesha un poco más lejos que de costumbre, justo hasta un punto donde los truenos parecían romper el cielo en diminutas porciones que cu-

brirían la tierra de un manto azul. En lo alto aguardaron silenciosos la descarga, hasta que un primer relámpago en la distancia rompió el silencio, como el pistoletazo de salida de una competición de montaña. Era tarde. El sol declinaba a lo lejos. Habían cruzado los límites y temían volver al hogar tanto como permanecer más tiempo en el bosque. Estaban a punto de salir corriendo como almas que se lleva el diablo, cuando Eesha reparó en aquel puñado de flores silvestres y le dijo que esperara solo un momento... Después había oído aquel grito aterrorizado, y antes de que pudiera darse cuenta, su amiga corría colina abajo como si sus pies fueran alas.

Era, como cada tarde, la hora de la tormenta, la caída del sol en los bosques que circundaban la ladera este del Monte Olvidado. Ese instante de luz mermada donde se confunden el día y la noche. Donde las nubes más densas descargan su implacable aguacero. Donde el tiempo impertérrito se detiene y el sol a contraluz dibuja sombras fantasmales que contonean sus formas en una danza macabra. Aquel era el lugar que la hermana Soul llamaba la tierra de Alaia, porque allí había llegado a sembrar de nuevo la alegría en la Tierra. Y aquella tarde, a punto de cernirse la noche sobre las colinas más altas de la cordillera, ajenos a la amenaza de la niebla que durante la noche solía posarse a escasos centímetros por encima de las copas de aquellos árboles, minutos antes del grito desgarrador que enseguida lo cambiaría todo, los niños habían reído a carcajadas, risas que retumbaron como tambores indios bajo los pies, provocando una reverberación rotunda y sostenida, solo rota por el zumbido de un nuevo trueno en la distancia. Y después el prometido haz de luz, iluminando el sendero que trazaba el camino de regreso al hogar.